

THE ANATOMY OF MELANCHOLY

If that it is Hether all the fives causes
sometimes Disorders & severall cures of it
In three Partitions with their severall
Sections members & subsections

Philosophicall. Medicinall.

Historicall. Practical. & curiu-

la melancolia
amorosa

Berititus Junior

Robert Burton

With a Saturall Discourse concerning
the following Discourse

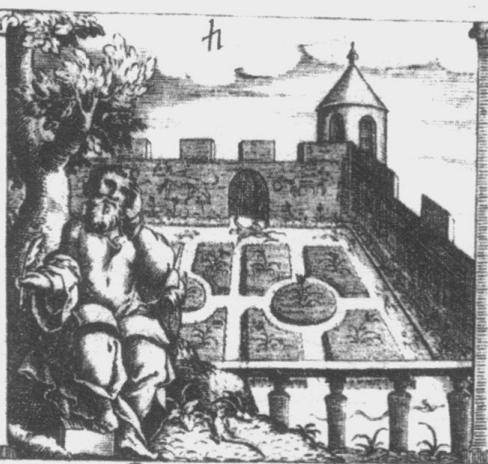
The fourth Edition, corrected and
augmented by the Author

Omne tulit primum, qui misericordie donis





Selotypia



Democritus Abderites.



Solitudo



Fnamorato



Hypocondriacus

THE ANATOMY OF MELANCHOLY.

What it is. With all the kinds causes
symptomes, prognosticks & severall cures of it.
In three Partitions with their severall
Sections, members & sublections.

Philosophically. Medicinally.
Historically. general & cut ya.
By.

Democritus Junior

With a Satyricall Preface. Conducing
to the following Discourse.

The fourth Edition. corrected and
augmented by the Author.

Omne tulit punctum, qui miscuit utile dulci.



Sueverstigies



Democritus Junior



Mamacus



Borage



Blon fe.



Helleborus

En 1621 se publicó en Inglaterra un voluminoso tratado sobre la melancolía, bajo el título de *Anatomía de la melancolía*. Su autor no era precisamente médico sino eclesiástico, pero en esos tiempos ni la psiquiatría ni la psicología se habían asentado en la cultura. El autor, Robert Burton¹, él mismo se había diagnosticado melancólico, aunque no por ello hacía excepción al resto de los mortales. Para él, todos los hombres padecían de melancolía, salvo aquellos que como Demócrito, reían de la extendida locura humana. Tal es así, que en el frontispicio del libro aparecen tanto Democritus como Democritus Junior, nombre que se daba a sí mismo Burton. Anatomizar la melancolía era dividirla en partes al modo de la división de los cuerpos, clasificando sus diferentes manifestaciones, sus causas, su cura, su pronóstico. Starobinski escribió que en la *Anatomía de la melancolía* se encuentra:

¹ Robert Burton nació en 1577 en Leicestershire y falleció en Oxford en 1640. Desde 1626 fue bibliotecario del Christ Church College de Oxford hasta su muerte. De *Anatomía de la melancolía* se ha publicado en español una selección de Alberto Manguel, Alianza Editorial, Madrid, 2006, y una versión completa, editada por la Asociación Española de Neuropsiquiatría, traducción de Julián Mateo Ballorca, con Prefacio de Jean Starobinski, en tres tomos, Madrid, 1997, 1998 y 2002. En octubre de 2007, Ediciones Winograd publicará una nueva antología de *Anatomía de la melancolía*.

Toda la ‘física’, toda la medicina, todas las opiniones morales, una gran parte del legado poético de la tradición greco-latina y cristiana /que/ nos son ofrecidas mediante alusiones, fragmentos, briznas unidas entre sí. Eso eximirá a muchos lectores apresurados de tener que recurrir a los antiguos: cabe una biblioteca en ese libro. En él, encontramos reunidos todos los Maestros cuya autoridad se tambaleará en el siglo siguiente y cuyo nombre mismo se perderá en el olvido. En Burton aún son regíamente acogidos: es el banquete de Sardanápal de la erudición clásica. Nunca más volverá a haber tantos invitados en un libro; nunca más tantas sentencias, flores, frutos, palabras doradas, recetas de farmacia, presentados en el mayor desorden.²

Pero no sólo hacía una recopilación de lo que había sido escrito sobre el tema desde la Antigüedad hasta entonces, sino que avanzaba un esbozo de utopía, como si pudiera postularse una suerte de cura que permitiría a los humanos pasar de la melancolía a la nostalgia, nostalgia de un lugar que nunca existió, pero que tal vez, algún día, pudiera existir. En esa sociedad utópica, para salvarse de la melancolía, el recurso sería tan antiguo como dedicarse al trabajo y reducir al máximo el ocio. Hipócrates, padre de la medicina, no necesitó administrarle eléboro a Demócrito, como esperaba todo el atareado pueblo de Adbera, sino que se convenció él mismo que había sobrados motivos para burlarse del trajinar de los hombres. También Burton encontraba sobrados motivos para tomar la misma posición en su tiempo. Pero importa detenerse en algo que podría llamar la atención, una parte muy importante de *Anatomía de la melancolía* está dedicada a la melancolía amorosa. De allí el interés de transcribir algunos fragmentos de su PARTE III. LA MELANCOLÍA AMOROSA³:

2 J. Starobinski, *Habla Demócrito*, Prefacio a *Anatomía de la melancolía*, traducción de Ana Sáez Hidalgo, Tomo I, Edición de la Asociación Española de Neuropsiquiatría, Madrid, 2ª Edición, 2003, p. 14.

3 Ibid., tomo III. La melancolía amorosa incluye cuatro Secciones, estando la Cuarta Sección dedicada a la melancolía amorosa. “Su objeto: Dios; en qué consiste su belleza, cómo seduce; partes del cuerpo y personas afectadas...”

PREFACIO

Bien creo que no han de faltar quienes desaconsejen alguna parte de este tratado de melancolía amorosa y objeten –al igual que Erasmo en su “Prefacio” a Sir Tomás Moro sospecha respecto a su obra– “que es un tema demasiado ligero para un teólogo, demasiado cómico”, que hablar de los síntomas del amor resulta excesivamente fantasioso y propio sólo de un poeta libertino, de un joven galán sensible y enamoradizo, de un cortesano afeminado o de personas ociosas. Y dirán que es tal la verdad, pues ocurre que, dada la depravación humana, como observa Caussin, “el solo nombre del amor odioso resulta detestable para oídos castos”. Y por eso algunos, con afectada seriedad, desaprobarán el conjunto de esta obra por sus meros títulos, antes de haber leído una sola palabra; y se escudarán para ello tras Petronio, “y fingirán una gran irritación porque tales discursos obscenos violentan sus oídos, de modo que puedan así gozar de admiración por su gravedad de filósofos y su porte formal”. No soportan oír hablar de los juegos del amor ni de discursos amorosos sin mostrar aversión en su rostro, en sus gestos y en sus ojos, en sus externos ademanes, y, sin embargo, son por su pensamiento tan malos como los demás, sí no peores.

Se ha ruborizado Lucrecia y ha arrojado mi libro.

Mas delante de Bruto. Bruto, vete, y ella lo leerá.

Pero hagamos saber a estos Catones censores y falsarios que –como el italiano Guazzo cuenta que “Lord John contestó a la reina”– un hombre de edad avanzada, serio y discreto es el más adecuado para disertar sobre temas amorosos, pues tiene probablemente más experiencia, ha efectuado más observaciones, posee más juicio, puede mejor discernir, resolver, discutir, aconsejar, hacer mejores advertencias y ofrecer preceptos más sólidos, dar mejor información a sus oyentes sobre tales asuntos y, en razón de su madurez, divertirlos con mayor prontitud. Además, no hay temor que valga en la acepción que aquí se da del amor, nada hay que deba obviarse: el amor es una especie de melancolía y una parte necesaria de mi tratado que no puedo omitir: “uno ha de entregarse de lleno al trabajo que emprende”, como Jacobo Micilo declaraba para justificarse, en su traducción de los *Diálogos* de Luciano. Y lo mismo declaro yo: he de cumplir con mi cometido y así lo llevaré a efecto. Haré mía la breve excusa de Mercero en su edición de Aristeneto: “Si he malgastado mi tiempo en escribir, que no sean ellos tan ociosos como para leerme”. Pero estoy convencido de que no ha sido un tiempo tan malgastado.⁴

COMIENZOS DEL AMOR. OBJETO, DEFINICIÓN, DIVISIÓN.

“Las fronteras del amor son anchas y largas, y posee un amplio paseo, bordeado de espinos, por cuya causa –como Escalígero reprocha a Cardano– no es fácil recorrerlas”. Por temor a ser objeto de la misma censura, examinaré todas las formas del amor, su naturaleza, comienzos, diferencias, objetos; qué lo vuelve honesto o deshonesto, virtud o vicio, pasión natural o enfermedad, cuál es su poder y cuáles sus efectos, y hasta donde alcanza. De todo lo cual, aunque algo se ha dicho ya en la Primera Partición, en estas Secciones sobre las Perturbaciones (“pues el amor y el odio son las primeras y más comunes de las pasiones, de las cuales nacen todas las demás y a todas acompañan”, como sostiene Piccolomini; o, en palabras de Nicolás Caussin, son ellas el *primum mobile* de todas las demás afecciones, a las que arrastran consigo) me detendré con mayor prolíjidad en todas sus partes y en varias de sus ramas, para que así pueda mostrarse mejor lo que el amor es, cómo varía según su objeto y cómo su carencia o –lo que es más frecuente y común– cómo un amor inmoderado y excesivo causan melancolía.

El amor, universalmente considerado, se define como un deseo, término de significado más amplio. Y, aunque León Hebreo, el escritor más prolífico sobre este tema, no establece diferencia alguna en su tercer *Diálogo*, en el primero los distingue y define el amor a través del deseo. “El amor es un afecto voluntario y un deseo de gozar de lo que es bueno”. “El deseo aspira, el amor; goza; el fin del uno es el comienzo del otro: lo que amamos está presente, lo que deseamos está ausente”. Es empeño necesario –dice Plotino– considerar, en lo que al amor se refiere, si se trata de un dios o de un demonio, o de una pasión del espíritu, si es en parte un dios, en parte un demonio, en parte una pasión”. Este autor concluye que el amor participa de esos tres elementos, que surge de un deseo de lo que es bello y armonioso, y lo define como “una acción del espíritu que desea lo que es bueno”. Platón lo llama el “gran demonio” por su vehemencia y soberanía sobre todas las demás pasiones, y lo define como un apetito “por el que deseamos la presencia de lo bueno”. Ficino, en su *Comentario*, añade la palabra ‘hermoso’ a esta definición: “el amor es un deseo de gozar de lo que es bueno y hermoso”. Agustín amplía esta definición común, y considera que el amor es un deleite del corazón, “por algo que aspiramos a obtener o con lo que gozaríamos poseyéndolo, y así lo codiciamos por deseo y descansamos con su goce”. Escalígero (*Ejercitación 301*) censura tales definiciones y prefiere no definir al amor en virtud del deseo o el apetito, “pues, cuando gozamos las cosas que deseamos, el apetito no permanece”. Según su definición, “el amor es una afección por la que nos unimos a lo que amamos, o por la que perpetuamos nuestra unión”, en lo que, en parte, concuerda con León Hebreo.

Ahora bien, este amor varía a medida que varía su objeto, que siempre es “bueno, amable, hermoso, gracioso y placentero”. “Todas las cosas desean lo que es bueno” según se nos enseña en las *Éticas*, o, al menos, lo que les parece bueno. Como bien razona Agustín, “¿qué mal, dime, es el que deseas?

Bien creo que ninguno en ninguna de tus acciones". Es decir, "creo que no desearás daño ni mal alguno en ninguna de tus acciones, pensamientos o deseos"; "no quieres ningún mal, ni querrás tener un mal grano, un mal terreno ni un árbol sin frutos, sino todo ello bueno: desearás un buen sirviente, un buen caballo, un buen hijo, un buen amigo, un buen vecino, una buena esposa". De toda esta bondad viene la belleza: de la belleza, la gracia y el encanto, que son como rayos que provienen de las partes excelsas de una cosa y que nos hacen amarla y codiciarla: en efecto, si no fuese placentera y graciosa a nuestros ojos, no la perseguiríamos. "No ama -dice Aristóteles, *Moralia*, IX, 5-, Más que el hombre que antes ha gozado del encanto y la belleza". Según varía este hermoso objeto, así también lo hace nuestro amor, pues, como sostiene Proclo, "todo lo hermoso es digno de amor", y lo que amamos es bello y gracioso a nuestros ojos o, al menos, así lo percibimos y estimamos. "Lo digno de ser amado es el objeto del amor, cuyo alcance y finalidad es llegar a obtenerlo: por su gracia amamos, y nuestro espíritu codicia su disfrute". Y es ello lo que no parece especialmente hermoso y bueno, pues lo bueno, lo hermoso y lo único no pueden separarse. La belleza irradia, dice Platón, y por tal irradiación y esplendor produce admiración y, cuanto más hermoso es el objeto, con mayor ansia persigue". Según la define el propio Platón, "la belleza es un fulgor vivo o un claror radiante, que resulta del bien en expansión por las ideas, las semillas, las razones, las sombras, que agujonea nuestro espíritu y, así, por tal bien, aquéllas se reúnen y hacen uno". Otros considerarán que la belleza consiste en la perfección de la entera composición, "propiciada por la congruencia de simetría, medida, orden y proporción de las partes, y que el encanto que procede de esta belleza recibe el nombre de gracia, y que por ello todas las cosas hermosas son graciosas". Pues la gracia y la belleza se encuentran tan maravillosamente unidas, "con tanta dulzura y gentileza ganan nuestras almas. Con tanta vehemencia las incitan, que confunden nuestro juicio y no pueden discernirse. La belleza y la gracia son como esos rayos y fulgores que salen del sol glorioso y divino", que son diferentes entre sí, como diferentes son los objetos de que proceden, hasta emocionar y complacer todos nuestros sentidos, "ya que las distintas especies de belleza se perciben en nuestros ojos, en nuestros oídos, o son concebidas en el interior de nuestra alma", como Platón discute extensamente en su diálogo sobre la belleza, *Fedro*, y en *Hipias*, y así, tras refutar numerosos errores sofísticos, concluye que la belleza es una gracia que hay en todas cosas, deleite de los ojos, los oídos y el alma misma. De esta manera, como Valles ha deducido de ello, cuanto deleita nuestros oídos, nuestros ojos y nuestra alma tiene que ser, necesariamente, bello, hermoso y placentero para nosotros. "Y nada puede agradar más a nuestros oídos, o pacificar nuestros espíritus, que la música". Casas, pinturas, orquídeas, jardines, campos hermosos, un hermoso halcón, un hermoso caballo nos son más gratos: todo lo que agrada a nuestros ojos o nuestros oídos, lo llamamos bello y hermoso. "El placer pertenece a los demás sentidos, pero la gracia y la belleza sólo a estos dos". Cuando los objetos varían y son diferentes, también de modo diferente impresionan nuestros ojos, nuestros oídos y nuestra propia alma. Es esto lo que propicia que algunos distingan tantos tipos de amor como objetos existen. Un tipo de belleza nace de Dios: de ella y del amor divino san Dionisio y otros padres de la Iglesia y teólogos modernos han

escrito volúmenes enteros –*De amare Dei*, según los llaman–, así como numerosos discursos parenéticos. Otra belleza nace de sus criaturas: hay una belleza del cuerpo, una belleza del alma y una belleza que sale de la virtud, a la que Agustín llama “belleza de los mártires, que vemos con los ojos del espíritu”; una belleza que, como dice Cicerón, si pudiéramos discernirla con los ojos del cuerpo, “provocaría admirables afectos” y maravillaría nuestra alma. Existe otra belleza que se deriva de las extremidades, y gracias que proceden de los gestos, de las palabras, de los varios movimientos y proporciones de las criaturas, varones y mujeres (especialmente de las mujeres, que llevaron a los antiguos poetas a representar a las tres Gracias en compañía de Venus, y a servirla y sostener su velo): esta belleza y estas gracias son casi infinitas, y sus nombres varían según sus objetos: el amor al dinero se llama codicia: el amor a la belleza, lujuria: el deseo inmoderado de placeres, concupiscencia: la amistad, el amor, buena voluntad, etc. Y es ello virtud o vicio, honesto o deshonesto, excesivo o falso, como se mostrará en este lugar: amor heroico, amor religioso, etc. Todos ellos pueden reducirse a una división bipartita, a tenor de los órganos fundamentales que se ven afectados, y que son el cerebro y el hígado: “amor y amistad”, que Escalígero (*Ejercit., 301*), Valles y Melanchton asientan en el *philein* y el *eran* de Platón, quizá tomados del discurso de Pausanias en que habla de “dos Venus y dos amores: una Venus es anciana, no tiene madre y desciende de los cielos, y así la llamamos ‘celestial’; la más joven es la nacida de Júpiter y Dione, y a la que comúnmente llamamos Venus”. Ficino, en su comentario a este texto, y siguiendo a Platón, llama a estos dos amores “dos demonios” —lo que para nosotros sería un ángel bueno y uno malo—, que planean siempre sobre nuestras almas. “El uno nos eleva hasta el cielo, el otro nos hunde hasta el infierno. Uno, el bueno, nos estimula a la contemplación de esa belleza divina por la que obramos con justicia y cumplimos con los buenos oficios, estudiamos filosofía, etc. El otro, el vil, aunque es malo, debe respetarse: en efecto, ambos, de hecho, son buenos en su propia naturaleza: la procreación es tan necesaria como la busca de la verdad: mas si a uno lo llamamos malo es porque se abusa de él, aleja nuestras almas de la contemplación del otro y la dirige hacia objetos viles”.⁵

152

n

á

c

a

t

e

5 Ibid., Primera Sección. Miembro I. Subsección II: Comienzos del amor. Objeto, definición, división. p. 20 a 22.

LA ÚLTIMA Y MEJOR CURA DE LA MELANCOLÍA AMOROSA ES DEJAR QUE LOS AMANTES COLMEN SU DESEO.

El último recurso y remedio más eficaz, al qué solo debemos recurrir en último término, cuando ningún otro medio ha surtido efecto, es permitir a los amantes que estén juntos y disfruten uno del otro. “El remedio más eficaz es que el amante goce de su amada”, dice Guaineri. El mismo Esculapio no encuentra mejor remedio para esta enfermedad, “que dejar que los enamorados satisfagan sus deseos.”

Y que ambos se unan en el lecho,
Y que Eneas despose a la hermosa Lavinia

Tal es el tratamiento específico: sangrarles en la vena “himenea”, pues el amor es una pleuresía y, si es posible, mejor que sea así.

Y pueden conseguir sus deseados goces.

Arculano sostiene que se trata de la más rápida y mejor cura. Es éste el último precepto de Savonarola, y un remedio primordial e infalible, el último, único y más seguro recurso.

Sólo Julia puede apagar las llamas de mi deseo,
No con hielo ni con nieve, sino con fuego semejante.

Cuando ya lo habéis intentado todo, dice Avicena, “no hay cura más rápida ni más segura que unir a los dos amantes según sus deseos y anhelos, conforme a la costumbre y la ley; de tal modo hemos visto a este paciente, que había languidecido hasta quedarse en la piel y los huesos, recuperar su salud en un instante tras satisfacer su deseo: no tenía ya motivos para estar descontento; y, aunque nos pareció extraño en principio, concluimos que, en tales casos, se ha de obedecer a la Naturaleza”.⁶

153



n

á

c

a

t

e

6 Ibid. Segunda Sección. Miembro V. Subsección: La última y mejor cura para la melancolía amorosa es permitirles ver su deseo satisfecho. p. 223.